El dilema de Pascal

Jonatan Carlos Escamilla Nebot

Capítulo 1

Capítulo 1: El reencuentro.

-Pin.

Oí que una voz me llamaba desde detrás mientras yo caminaba hacia el aula donde se impartía la clase de Biología.

Me detuve y miré los alrededores para averiguar de quién se trataba. Hacía mucho tiempo que no escuchaba a nadie llamarme de esa manera. De hecho, era conocido como Pascal entre los humanos, aunque ese no fuera mi verdadero nombre.

Cuando la voz volvió a llamarme «Pin», decidí avanzar en la dirección desde donde provenía el sonido.

Pronto noté que una chica asomaba por la puerta de un aula vacía en la que no se impartían clases allí ese día. Con un gesto de su mano, la extraña me indicó que entrara deprisa y, sin pensarlo, acudí de inmediato. Ingresé.

-Cierra la puerta y no hagas ruido, -pidió la bella muchacha.

A simple vista, ella aparentaba tener más o menos mi edad. Sin embargo, ninguno de nosotros era en realidad un adolescente de diecisiete años. Lo supe de inmediato, la reconocí. El rostro dulce de esa hermosa chica no podría olvidarlo jamás.

-Hada...Hada, ¿eres tú? -pregunté algo balbuceante.

-Sí, Pin, soy yo. Ha pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, ¿no crees?

Muchos recuerdos se agolparon en mi mente sin previo aviso. Si la memoria no me fallaba, nuestro último encuentro había sido en el entierro

de mi padre.

Hada siempre estuvo a nuestro lado hasta aquella tarde; Grillito también. Ambos fueron mis primeros amigos de verdad, incluso antes de que yo fuera humano. En algún punto nuestros caminos se separaron, por ello el reencuentro me hizo sonreír, aunque seguía sorprendido por la visita inesperada.

-Supongo que habrás venido a verme por algo en particular, ¿no es así? -pregunté a Hada, curioso.

-Pues la verdad es que sí. Necesito de tu ayuda, Pin. Un amigo nuestro en común tiene graves problemas. Acudo a ti porque me gustaría que intentes ayudarlo. Tú lo conoces muy bien, sabes de quién hablo. Es probable que a ti te haga caso. -Hada me dirigió una mirada triste mientras lo explicaba.

-¿Grillo? -inquirí, adivinando la respuesta. Bueno, adivinando no, pues él era el único amigo en común que teníamos.

-Sí, nuestro querido Grillo, Grillito -confirmó Hada.

-¿Qué clase de problemas tiene? ¿Y de qué manera puedo ayudarle yo? ¿Está enfermo o le ocurre algo grave? -pregunté, preocupado.

-Grillo perdió algo muy importante y creo solo tú puedes ayudar a recuperarlo. El problema es que para ello tendrás que hacer un gran sacrificio, Pin. Tendrás que convertirte en un muñeco de madera otra vez -explicó Hada con voz solemne-. Sería algo temporal...

-¿Un muñeco de madera? ¿Otra vez? -interrumpí-. Mira..., de verdad querría ayudarle porque él fue mi primer amigo, mi mejor amigo. Pero ya ha pasado demasiado tiempo desde que cambié. Me prometiste que sería un niño humano de carne y hueso. Me prometiste también que no envejecería, que siempre sería joven. ¡Mírame, Hada! Aquí estoy, más de cuatro siglos después, soy un eterno adolescente y soy feliz.

»Temo que no sobreviviría ni un día si me volviera un niño de madera otra vez. Las cosas han cambiado mucho en todos estos siglos. Ya no se

fabrican más muñecos de madera, hoy todo es plástico; ya sabes: componentes electrónicos, pilas, microchips y demás. De seguro terminaría en manos de algún coleccionista chiflado de juguetes antiguos o algo por el estilo -respondí a mi hada madrina. Enumeré así las excusas e inconvenientes que llegaban rápido a mi mente.

-Pinocho, me decepcionas. ¿Dónde está ese niño que era atrevido y decidido?, quizás incluso demasiado decidido para su propia salud; el que se arriesgó a meterse dentro de una ballena para salvar a su padre, ¿dónde ha quedado esa parte de ti? -Hada intentó despertar mis sentimientos.

-Escucha, Hada, te prometo que lo pensaré. Pero dime primero qué clase de problemas tiene Grillo. No puedo tomar una decisión si no entiendo con exactitud lo que le ocurre -inquirí.

-Grillo ha perdido su posesión más valiosa: su conciencia. ¿La recuerdas? Gracias a ella, Grillo ayudó a muchos más niños y jóvenes como tú. Les ayudó a diferenciar lo que está bien de lo que está mal. Les enseñó lo que es bueno y los alejó de lo que es malo, de lo que les haría sufrir o de lo que les causaría daño. Pero ahora... Ahora es él quien se mete en problemas constantemente, se pelea, se emborracha, se junta con insectos peligrosos y con delincuentes. He tratado de hablar con él, pero no entra en razón, ¡incluso llegó a insultarme! -Hada explicó en detalle la condición deplorable de Grillito.

Yo no daba crédito a lo que oía. ¿Cómo era posible que ese pequeño ser que tanto me había ayudado con sus sabios consejos se encontrara ahora en una situación tan penosa?

-Pinocho, tú eres su única esperanza. Puede ser que a ti te haga caso -insistió Hada, suplicante-. Yo te diré dónde puedes encontrarlo, he seguido sus pasos en los últimos meses. No está lejos de aquí.

Bufé.

-Supongo que no puedo negarme entonces, la situación parece muy mala -contesté mientras me rascaba la cabeza con un gesto instintivo de preocupación-. De todas maneras, antes de ir a buscar a Grillo quisiera

despedirme de alguien.

-De esa chica con la que conversas a diario, ¿verdad Pin? ¿Se llama Annie, ¿no es cierto?

Hada me sorprendió con sus palabras.

-¿Cómo sabes sobre ella? -pregunté desconcertado.

-¿Te extrañas? Me parece que te has vuelto demasiado humano. Todavía soy tu hada madrina, lo sé todo sobre tí. Siempre encuentro momentos para vigilarte, para asegurarme de que te encuentres bien. Y he notado que esa chica y tú pasaís mucho tiempo juntos. Sé que ella te gusta y que tú le gustas a ella. Así que estaba pensando que, ya que tú me ayudarás a mí con Grillo, yo te puedo conceder un deseo nuevo.

No fue necesario que yo expresara mi deseo en palabras; apenas la idea surgió, ella leyó mi mente. Al fin y al cabo, como había dicho minutos antes, era mi hada madrina y lo sabía todo sobre mí. Yo sospechaba incluso que más de una vez me había ayudado sin que lo notara.

-Te concederé tu deseo -dijo y me tomó de las manos por un instante, por un parpadeo.

Y, antes de que pudiera darme cuenta, Hada había desaparecido; tras ella dejó un breve pero potente destello.

Capítulo 2

Capítulo 2: Mi amiga Annie.

Después del encuentro con Hada decidí regresar a mis clases usuales; como lo supuse, el resto de la jornada escolar transcurrió con normalidad.
Cuando la sirena indicó que la última clase había llegado a su fin, me dispuse ir a buscar a Annie, como lo hacía cada día antes de regresar a mi hogar. La encontré sentada en nuestro banco de siempre, en el patio interno de la escuela; ella sonrió al verme llegar.
—¿Ya estás lista para marcharte? —pregunté a modo de saludo—. Me gustaría hablar contigo por un momento, pero necesito un lugar más privado. Podemos ir al parque; ya sabes, a nuestro lugar favorito —sugerí.
Propuse eso no solo porque se trataba de un sitio especial para ambos, sino también porque Hada me aseguró que Pepito estaba cerca de allí.
—Claro, no hay problema —respondió ella, curiosa.
Mientras caminábamos en silencio, yo pensaba en mil y una maneras de empezar la conversación que íbamos a mantener, pero ninguna me convencía porque en todas ellas yo terminaba arrinconado y en la necesidad de dar respuestas incómodas. La vida me ha enseñado que no debo mentir, después de todo.
Me imaginaba diciéndole a Annie algo como: «Tengo un amigo que está en problemas y debo ayudarle». Pero luego ella me preguntaría: «¿Quién es?, ¿lo conozco?», a lo que yo solo podría explicarle la verdad: «No creo, se trata de un pequeño grillo al que hace mucho que no veo. Por cierto, voy a convertirme en un muñeco de madera temporalmente, así que es posible que no vaya al instituto hasta la semana próxima, ya sabes, más que nada para que no me persigan y me prendan fuego los matones...». Absurdo.
—Estás muy callado y pensativo hoy, Pascal, ¿ocurre algo malo? —dijo ella cuando llegamos por fin a nuestro lugar favorito del parque, el viejo árbol centenario que se erguía justo en el centro.
—No, no te preocupes —respondí mientras la tomaba de las manos.
Había decidido ya que no podía contarle la verdad, pues era imposible que me creyera. Le contaría, en cambio, que iba a ausentame un tiempo de la ciudad por un asunto familiar importante. No sería una mentira en realidad, solo un fragmento de la realidad.
Tomé una gran bocanada de aire, listo para comenzar con la explicación, pero no tuve posibilidad alguna de darla porque, de repente, empezó a soplar un viento fuerte que trajo consigo una niebla muy espesa que no dejaba vislumbrar nada a nuestro alrededor.
Magia.
—¿Estás ahí, Pascal? ¡No me sueltes! —gritó Annie, asustada.

—No tengas miedo. Pase lo que pase estaré contigo, no te soltaré —grité también.
Sujeté con más fuerza sus manos en medio del ensordecedor silbido del viento hasta que, tras apenas un par minutos que se hicieron eternos, el sol volvió a brillar como si no hubiese ocurrido nada.
—¿Estás bien? —Me apresuré a preguntarle a Annie.
Quería decir algo más, pero quedé estupefacto al contemplarla ya sin la niebla a nuestro alrededor.
—¡¿Qué?! ¡Esto no es posible! —gritó ella, aterrada al verme también—. ¡Me está hablando un muñeco de madera!
—¡Cálmate, Annie! Sí, soy un muñeco de madera, pero deja que me presente de nuevo y que te explique por favor —rogué—. Mi verdadero nombre no es Pascal, sino Pinocho y tengo que decirte que...
No pude acabar la frase pues un gran chillido salió de la garganta de mi amiga.
—¡Ahhggg! ¡¿Y qué me pasó a mí?! —gritó Annie otra vez, los ojos posados en sus manos—. ¡No! ¡No! Esto no puede ser… ¿dedos de madera? No me digas que mis… que mis brazos y mis piernas y… ¡Necesito un espejo, ahora! —exclamó desesperada mientras se palpaba el cuerpo.
—Tranquila Annie, cálmate. Puedo explicártelo todo, solo escúchame —pedí en tono bajo y sosegado.
—¡¿Que me calme?! ¡¿Que me lo puedes explicar?! —Ella hizo una pausa, luego se habló a sí misma—: Tienes que tranquilizarte Annie, es solo un sueño, pronto despertarás...
—Y mientras esperamos a que te despiertes, lo mejor será que busquemos un lugar más seguro donde refugiarnos —sugerí.
Sabía que cualquier otra cosa que le dijera en ese momento no haría efecto, Annie estaba en shock y lo mejor era seguirle la corriente. Sin confirmar o negar sus suposiciones, deseaba ayudarla a acostumbrarse al cambio.
Ella asintió con un movimiento de su cabeza. Yo volví a tomar su mano con fuerza mientras empezábamos a caminar a través del parque. Por fortuna, era un día de semana y no había gente en la cercanía.
—¡Acabo de ver un caballo en forma de gato! —dijo Annie de repente, deteniéndose en seco por un instante para señalar algo que se movía a nuestra derecha.
—Más bien es un gato con forma de gato —respondí yo a modo de broma—. Es un gato común, pero nosotros hemos cambiado de tamaño. Con sesenta centímetros todo se ve mucho más grande, ¿no te parece? —intenté hablar con naturalidad, pero al mismo tiempo apresuré mi andar, preocupado.
—Por cierto, ¿a dónde vamos? —preguntó Annie, todavía asustada; intentaba seguir mi apresurado paso.
—Vamos de camino a ver a un viejo amigo mío... a un grillo llamado Pepe —contesté con la verdad, como siempre. No me detuve a pensar demasiado en si me creería o no.
—¡Vaya! Esto se pone cada vez más interesante... Primero me convierto

en muñeca de madera, luego veo gatos gigantes y ahora voy a conocer a un grillo —respondió ella con sarcasmo.
—Hablando del gato del tamaño de un caballo—comienzo a decir y señalo—. ¿Es ese de ahí?
— Sí, ¿por qué?
—Pues, creo que nos está mirando mal... Somos juguetes que se mueven y… ¡Corre! —grité apenas el felino se agazapó en la distancia, listo para atacar.
Sin soltar la mano de Annie, la arrastré por el sendero del parque mientras el gato se acercaba a gran velocidad.
Nos movíamos tan rápido como nuestras pequeñas y cortas piernas de madera lo permitían. El final del parque se vislumbraba a pocos metros, pero lo que nos aguardaba allí no era mejor que el gato. Teníamos que cruzar una calle donde circulaban coches a gran velocidad en ambos sentidos, era una vía de varios carriles.
—¿Gatos o coches? Elige, —murmuré. Lo hice en plural porque, al voltear, noté que tres o cuatro gatos más se habían unido en nuestra persecución.
Era una difícil decisión que ninguno de los dos quería hacer; ambas opciones parecían igual de peligrosas.
Por fortuna, apenas llegamos al final del parque pudimos aprovechar un momento en el que el tráfico era menos intenso. El destino escogió por nosotros, nos aventuramos a cruzar la calle.
Hasta la mitad de la carretera no fue tan peligroso el cruce, pero los coches comenzaron a moverse con prisa antes de que alcanzáramos el otro lado. Sabíamos que no podíamos detenernos ahí porque los gatos nos pisaban los talones, así que avanzamos sin cuidado.
Corrimos sin mirar a los lados, hasta que notamos que un coche se acercaba rápidamente y era más que seguro que nos iba a embestir. Oímos el chirriar de los frenos… ya era tarde para lo inevitable.
Cuando ambos cerramos los ojos esperando que nuestros frágiles cuerpos de madera se rompieran en miles de pedazos, un nuevo viento casi huracanado nos transportó hasta el otro lado de la carretera, sanos y salvos.
—¡He visto a un ángel! Era una hermosa mujer —exclamó Annie con alivio y con la respiración entrecortada.
—¡Yo también la he visto! ¡De seguro fue ella quién envío ese viento! Pero no era un ángel, Annie, era mi hada madrina.
—¿Un hada madrina? Ese es un personaje de cuentos, de ficción, de mitología; como las campanillas, los elfos y las ninfas —replicó ella algo ofuscada por todos los acontecimientos que su mente aún no acababa de asimilar.
—No son tan irreales, te lo aseguro —contesté mientras la miraba con detenimiento.
Sin dejar de analizar su rostro, me pregunté a mi mismo en silencio si mi amiga me gustaba más en su forma humana o como una preciosa muñeca de madera. Era hermosa de ambas maneras.
—¡Qué miras tanto! —exclamó ella, tal vez un poco incómoda.

—Nada —aseguré con una sonrisa.
Juraría que sentí mis mejillas de madera arder a causa de la vergüenza, aunque creí que fuera posible que un muñeco se sonrojara. Nunca antes me había encontrado en esta situación antes de volverme humano.
—Pascal, Pinocho o cómo sea que te llames, ¿sabes qué hago yo aquí? Parece que tú conoces muy bien este mundo de gatos gigantes, hadas y grillos... merezco una explicación. Sea un sueño o no, dime qué ocurre.
Dudé. No estaba seguro de lo que debía hacer, ¿era el momento indicado para decirle la verdad o todavía no? Lo único que sabía era que ella se iba a enfadar al enterarse. Mentirle no era una opción, me crecería la nariz. Y me había prometido a mí mismo que no permitiría que eso ocurriera.
Me armé de valor...
—Bueno, verás, Annie —comencé, preocupado—. Mi hada madrina me dijo que si ayudaba a nuestro amigo grillo a encontrar su conciencia, ella me concedería un deseo... —Hice una pausa, tragué saliva y continué—. En ese momento, sin darme cuenta yo deseé que me acompañaras en la aventura. Te juro que fue un deseo fugaz, no pensé que me lo iba a conceder pero... —No pude continuar.
Annie bufó, más exasperada que enojada.
—¡No sé qué haré contigo! Por ahora, solo espero que todo esto termine bien y que volvamos a ser humanos... ¡Si me quedo para siempre como una muñeca de madera... prepárate, Pascal o Pinocho o cómo te llames! —amenazó ella, frustrada.
Nuestra conversación fue interrumpida cuando escuchamos un sonido repentino.
Annie y yo nos giramos en silencio y logramos ver cómo caían unas diminutas cajas de cartón que habían estado apiladas al lado de un letrero que indicaba el ingreso a un pequeño bar cercano. Un bar de nuestro tamaño.
Mi amiga dejó de lado su reprimenda. Ninguno de los dos había esperado encontrarse con un establecimiento diminuto como nosotros.
Intercambiamos una mirada curiosa y decidimos asomarnos un poco.
Cuando nos acercamos lo suficiente como para ver y oír lo que ocurría, la escena me dejó con la boca abierta.

Capítulo 3

Nota: Solo he dejado dos capítulos aquí, pues la historia ha sido publicada en un libro conjunto con otros 12 autores por Nova Casa Editorial. Y no puede estar publicada íntegramente en otro lugar. Siento las molestias.

Si queréis encontrar este y los otros 12 relatos o retellings, basados en cuentos y leyendas famosas, podéis leerlos en el libro...

El santuario secreto de las reminiscencias.

Gracias.